

Ni silencios ni ambigüedades

LA VANGUARDIA, Editorial, 20.06.09

UN nuevo crimen de ETA y son ya 855 víctimas mortales desde que la banda terrorista asesinó al guardia civil José Pardines, en Villabona (Guipúzcoa) en junio de 1968. Ayer fue el policía nacional Eduardo Puelles quien caía en la trampa de una mortífera bomba adosada a su automóvil en Arrigorriaga (Vizcaya). Ayer también se cumplían 22 años del más sanguinario atentado etarra, en el supermercado Hipercor de Barcelona, donde murieron 21 personas y otras 45 recibieron graves heridas. El implacable instinto criminal de ETA, su naturaleza salvaje, no puede quedar enmascarada bajo ninguna clase de argumento, aunque los etarras y su entorno político y social persistan en su argumentario intentando mostrarse como un movimiento patriótico independentista expresado y simbolizado en las siglas ETA -Euskadi Ta Askatasuna- que significan País Vasco y Libertad.

En sus más de 40 años de actividad, en toda clase de escenarios políticos y con distintos gobiernos en Madrid y en Vitoria, ETA ha recurrido de manera sistemática al más despiadado terrorismo. Bombas cargadas de metralla ocultas en lugares públicos, coches bomba, tiros en la nuca o secuestros tan brutales como el que acabó con el asesinato a sangre fría y a hora anunciada del concejal de Ermua (Vizcaya) Miguel Ángel Blanco. Son acciones de terrorismo en estado químicamente puro. Es la utilización del terror, de la amenaza y de la extorsión para crear un clima de miedo y desazón en la sociedad que periódicamente asiste a las bestiales actuaciones de los etarras.

No cabe duda de que ETA elige sus objetivos, los programa y, siempre que puede, los ejecuta con el más absoluto desprecio a la vida humana. Hace apenas un mes y medio que el nuevo lehendakari, el socialista Patxi López, había tomado posesión de su cargo y ETA tenía que dar señales de muerte para seguir intentando mantener su papel de actor político en el escenario vasco. Su víctima de ayer, el inspector Eduardo Puelles, era jefe de grupo de la Brigada de Información de Bilbao, formaba parte, por tanto, de los cuerpos de seguridad que durante más de cuarenta años han llevado directamente y en primera línea la lucha para erradicar el terrorismo. Era una víctima propiciatoria para que ETA lanzase un nuevo desafío frente a las últimas y sucesivas detenciones de etarras y de colaboradores de la banda acaecidas en Francia y también en España.

A despecho de las actuaciones policiales, que en los últimos meses han estado jalonadas de importantes éxitos, desde diciembre del 2007 hasta ayer mismo los atentados etarras han acabado violentamente con la vida de siete personas. Otros atentados no han provocado víctimas mortales, cuestión que en muchos casos sólo puede atribuirse a la suerte, mientras se mantienen las amenazas y las extorsiones a empresarios a quienes se exige el pago de una suerte de delirante impuesto revolucionario. Quienes viven en el País Vasco saben que en no pocas localidades sigue existiendo un difuso clima de temor y desconfianza que enturbia la convivencia. Cientos de cargos públicos han de ser permanentemente protegidos con servicios de escoltas.

Todo ello es fruto de un terrorismo de alta y de baja intensidad, practicado en nombre de increíbles ideales políticos, que ensucia y contamina la vida cotidiana. avergüenza a los vascos y sigue manteniendo aquellas tierras bajo el estigma de la violencia. En este

contexto, el discurso del lehendakari Patxi López reclamando a la ciudadanía vasca que protagonice una oleada de rechazo a los terroristas y lance un grito contra ETA y a favor de la paz y de la libertad no tenía sólo un significado político, era también un alegato moral ante una cuestión que no admite ni silencios ni ambigüedades. Condenar el terrorismo es un imperativo ético.